

delfín del Viennois, porque en las armas de su casa había un delfín. Ese vendió sus Estados al rey de Francia en 1349 por 20.000 florines, bajo la condición de que el heredero presunto de su corona llevaría en adelante el título de Delfín. Esa adquisición era importante, porque llevaba las fronteras de Francia hasta los Alpes, que le servían de baluarte por aquel lado. Felipe VI murió un año después de esa adquisición (1350). Ese príncipe poseyó todas las virtudes de un caballero leal y valeroso, pero careció de las cualidades que caracterizan á los grandes reyes.

Resumen de este capítulo. — Como la extinción de los Capetos directos hiciera surgir en los reyes de Inglaterra pretensiones á la corona de Francia, estalló de nuevo la rivalidad entre las dos naciones, dando origen á una guerra secular, que por tal motivo ha recibido el nombre de guerra de los cien años. Esa lucha se divide en dos periodos: el primero comprende los reinados de Felipe VI, de Juan el Bueno y de Carlos V; el segundo los de Carlos VI y de Carlos VII.

I. Felipe VI principió esa terrible lucha. Tenía á su disposición fuerzas imponentes, y podía gloriarse de poseer las mayores alianzas de Europa. Empezó con fortuna, pues habiéndose rebelado los flamencos contra su conde, Luis I, Felipe tomó partido por su vasallo, triunfó de los sediciosos en Cassel y los sometió á la ley. Entonces exigió que el rey de Inglaterra le prestara pleito homenaje (1331), y vió reunidos en su corte á los principales soberanos de Europa. Tanta suerte lo desvaneció; habiendo dictado una sentencia que disgustó á Roberto de Artois, eso sirvió de pretexto para que empezase de nuevo la lucha entre Francia é Inglaterra (1337). La Flandes se alzó, instigada por Santiago Artewelde, y los rebeldes llamaron en su auxilio al rey de Inglaterra. Después de obtener algunas ventajas, los franceses perdieron la batalla de la Esclusa (1340), á la cual siguió una tregua entre los dos países (1341). Pero las turbulencias de Bretaña y los asuntos de Flandes reanimaron casi inmediatamente las hostilidades. Esta vez Eduardo III no pudo ser secundado por Artewelde, como en sus primeras campañas; ese jefe de rebeldes había perdido su popularidad, y hasta sido degollado por los flamencos (1345). Sin embargo, los acontecimientos le fueron favorables; el ejército francés fué deshecho en la batalla de Crécy, donde pereció toda la flor de la nobleza de Felipe VI (1346).

II. Sin embargo, el rey de Inglaterra no sacó de esa victoria todo el partido que hubiera podido. Contentóse con sitiar á Calais. En esa circunstancia es de admirar la abnegación de Eustaquio de San Pedro y de sus compañeros. Después de la toma de dicha ciudad, el soberano pontífice logró que los dos soberanos pactaran una tregua que duró hasta (1355). Entonces fué Francia assolada por dos plagas terribles, el hambre y la peste. Felipe VI renovó las exacciones de Felipe el Hermoso, y

estableció la *gabeta* ó estanco de la sal en su favor. Añadió á los dominios de la corona el señorío de Montpellier y el Delfinado, y murió después de reinar 22 años (1350).

CAPÍTULO VI.

JUAN. LOS ESTADOS GENERALES Y ESTEBAN MARCEL.
LA JAQUERÍA. TRATADO DE BRÉTIGNY.

Durante este reinado, lo mismo que en el precedente, continúa la lucha entre Francia é Inglaterra con las mismas calamidades y los mismos desastres. Juan II posee el espíritu caballeresco, como su padre, pero es más imprevisor y pródigo aún. En lo interior del reino se perpetúan las mismas exacciones y abusos; el desastre de Poitiers renueva el de Crécy y tiene consecuencias más funestas todavía, porque el rey y la nobleza se vieron obligados á arruinarse y arruinar al mismo tiempo á la nación para pagar su rescate. Y como el cautiverio del rey dejó que todos los órdenes del Estado quedaran abandonados á su espíritu de independencia, resultó horrible anarquía.

§ I. — Desde el advenimiento del rey Juan hasta su cautiverio.
Batalla de Poitiers (1330-1356).

Carácter de ese príncipe. — Juan el Bueno tenía treinta y un años cuando subió al trono. El nuevo rey había recibido brillante educación; pero nadie lo había iniciado en el conocimiento de los hombres y de su siglo. Eduardo III había triunfado de Felipe de Valois, porque lo atacó con tropas permanentes y regulares, y porque toda su conducta en la lucha se ajustó á principios de táctica que constituían un progreso sobre los tiempos anteriores. Juan el Bueno no sólo no pensó en aprovechar la lección que los suyos habían recibido, sino que ni siquiera la comprendió. Gobernó al reino con imaginación verdaderamente caballeresca, y sólo brilló por la viveza de su valor y la magnificencia de sus dádivas. Empezó por crear una orden nueva, que se llamó *Orden de la Estrella*, porque todos los caballeros de la misma debían llevar una estrella en su *toquilla* ó en el *ferreruelo*. Juan no pensaba más que en fiestas y torneos, y autorizaba los combates singulares en recuerdo de los duelos jurídicos sancionados por la legislación feudal. Esos caprichos hubieran

podido serle perdonados si hubiera sabido conciliarse las voluntades. Por desgracia, vejó á todo el mundo con sus medidas imprudentes é inconsideradas.

Así fué como se hizo odioso á la nobleza por el suplicio inútil del condestable Raúl, conde de Eu y de Guines, á quien suponía de connivencia con el rey de Inglaterra; irritó al pueblo alterando la moneda, y se sometió humildemente á todos los caprichos del carácter inquieto y original del rey de Navarra, Carlos el Malo. Tres veces urdió contra él ese pérfido príncipe inicuas conspiraciones, y por tres veces lo perdonó, temiendo que se pusiera de parte de los ingleses. Y hasta recompensó con dádivas en dinero y tierra sus infidelidades, y cometió la torpeza de dar al reino el mayor de los escándalos, dejando así impunes públicamente la deslealtad y el asesinato.

Estados generales de 1355. — Lo que hay de notable en esa época, es el espíritu de independencia que se manifiesta en todas las clases de la sociedad. Habiendo tenido necesidad de subsidios, el rey había convocado los estados generales en 1351; pero sólo obtuvo de ellos promesas, lo que le obligó á recurrir á las exacciones empleadas por sus predecesores. Cuando estuvo á punto de expirar la tregua que había pactado con Inglaterra, como su prodigalidad había agotado todos los recursos, convocó de nuevo los estados para que le concedieran los subsidios indispensables. Así pues, reunió á los *prelados, capítulos, barones y ciudades de Francia* en la cámara del Parlamento en 1355, é hizo que su canciller les expusiera la situación de los ejércitos. Los tres órdenes hicieron separadamente protestas de adhesión y afecto á la persona del soberano y deliberaron sobre las medidas que convenía tomar para la defensa del reino. Decidióse poner en pie de guerra un ejército de 90.000 combatientes, para resistir á los inmensos preparativos que hacía el rey de Inglaterra, y se votaron todos los recursos necesarios para el sostenimiento de dicho ejército. Pero en cambio, los Estados exigieron de Juan II el establecimiento de una moneda invariable, la supresión del derecho de tomar en viaje todas las cosas necesarias, porque, con tal pretexto, los oficiales del rey saqueaban las haciendas co-

lindantes con las residencias reales. Y para que el dinero concedido no fuera disipado locamente, como todo cuanto el rey había tenido hasta entonces á su disposición, ordenaron que quedaría en manos de los recaudadores particulares de los estados, que deberían probar la inversión de esos fondos en el equipo del ejército y las necesidades de la guerra. Los subsidios debían ser obtenidos por medio de un impuesto sobre la sal y con ayuda de ocho dineros por libra sobre todas las cosas vendidas. Ese impuesto debía pesar igualmente sobre todas las clases del reino, prelados, nobles ó burgueses. Esas innovaciones que llevaban



Juan el Bueno en la batalla de Poitiers.

envuelto en sí el derecho de los diputados á votar el impuesto, determinando y vigilando los gastos, arrebatában á la monarquía parte de su soberanía; pero Juan, apurado por el peligro en que se hallaba, consintió en todo lo que quisieron.

Batalla de Poitiers (1356). — La tempestad que amenazaba estalló de repente, amenazadora y terrible. Eduardo III entró en Francia por el Artois, mientras el *Príncipe Negro*, su hijo, asolaba la Gascuña. Normandía se agitó por obra de los pérfidos manejos de Carlos el Malo. Juan II no se desconcertó por eso; empezó por dirigirse contra su rebelde yerno, pacificó el país que éste había trastornado, y encerró al navarro en una

plaza fuerte de Picardía. Una rebelión que estalló en Escocia obligó al mismo tiempo á Eduardo á abandonar el norte de Francia. No quedaba, pues, más que combatir al príncipe de Gales. Juan lo alcanzó cerca de Poitiers y bloqueó de tal manera sus tropas que le era casi imposible salvarse. Para obligarlo á rendirse, bastaba mantenerlo un día más en el punto donde lo habían cercado. Desgraciadamente, el rey no era hombre capaz de estarse veinticuatro horas frente al enemigo sin combatir. Ordenó el ataque de manera irreflexiva, y las tropas francesas fueron completamente deshechas, dejando once mil muertos sobre el campo de batalla. Además, los ingleses hicieron prisionero al rey Juan, con trece condes, un arzobispo, setenta barones y dos mil hombres de armas, todo lo cual constituyó una derrota más desastrosa aún para Francia de lo que lo había sido la de Crécy.

Sin embargo, el príncipe de Gales no se dejó deslumbrar por su victoria. Como sus prisioneros eran doble que sus soldados, no se empeñó en guardarlos cautivos, sino que devolvió la libertad á la mayor parte de ellos, sin más garantía que la palabra que daban de presentarse en Burdeos durante las próximas fiestas de Navidad á pagar el rescate convenido ó á entrar de nuevo en cautiverio. En cuanto al rey Juan, tuvo especial cuidado en no humillarlo, y, al contrario, lo trató con respeto caballeresco, sirviéndole en persona á la mesa, y negándose á sentarse en su presencia. En vez de marchar sobre París después de su victoria de Poitiers, se fué á Burdeos, para poner en seguridad su inmenso botín y sus prisioneros. De allí llevó al rey Juan á Londres, donde el *Príncipe Negro* (por el color de su armadura) fué recibido en triunfo.

§ II. — *Los estados generales y Esteban Marcel. La Jaquería. Tratado de Brétigny (1356-1364).*

El delfín Carlos. Estados generales de 1356. Esteban Marcel. — Cuando el rey Juan se halló en Londres, el papa logró por segunda vez que se conviniera una tregua entre las dos naciones. Francia, privada de su soberano, se hallaba en situación exce-

sivamente crítica. El delfín Carlos, que debía heredar la corona y merecer el nombre de Carlos el Sabio ó Carlos el Prudente, fué proclamado lugarteniente general del reino, después de lo cual convocó en el acto los estados generales (29 de Septiembre de 1356), para tratar de los medios de obtener la libertad del rey su padre y vengar la humillación recibida. En esa asamblea hablaron : Pedro de Craón, arzobispo de Reims, en nombre del clero, Felipe, duque de Orléans, en el de la nobleza y Esteban Marcel, prevoste de los mercaderes en el del estado llano (1). Todos esos discursos respiraban sedición y revueltas. Los estados querían que se castigase á todos los oficiales del rey Juan por haber administrado mal el reino; pedían la libertad del rey de Navarra, bajo el pretexto de que su detención había sido la señal de todos los males que habían caído sobre el reino, y confiscaban en provecho propio la autoridad soberana, imponiendo al delfín consejeros que habían de tener la autoridad de hacer y mandar todo, lo mismo que el rey.

Carlos halló manera de eludir esas pretensiones y suspender las sesiones de los estados; pero la falta de dinero lo obligó á reunirlos otra vez el 5 de Febrero de 1357. Entonces los halló más ardientes é intratables que nunca. El obispo de Laón, Roberto Lecoq, llevó la palabra y pidió al delfín que alejase de sus consejos veintidós de sus ministros, culpables de malversación y de abuso de poder. Al mismo tiempo le suplicó que dejase á los estados generales la facultad de reunirse regularmente dos veces al año, sin más convocatoria, para asegurarse de si las leyes eran observadas fielmente; la de permitirles nombrar treinta y seis comisarios, doce de cada brazo, para asistir al delfín mientras la asamblea no estaba reunida. También pidieron que se les reconociese el derecho de votar los impuestos, vigilando su inversión; que el delfín se comprometiera á no alterar nunca más en lo porvenir la moneda, y á reformar la justicia, ordenando á los jueces expedir sin tardanza los asuntos y con el menor coste

(1) Este Marcel fué el fundador del *Hôtel de Ville* de Paris en 1357.

posible; y por fin que no volviera á dejar á sus gentes el derecho de tomar en los viajes las cosas necesarias á su persona, pues eso daba origen á monstruosos abusos. Juan de Picquigny, en nombre de los nobles, Esteban Marcel, en el de los burgueses de París, y un abogado de Abbeville en el de los municipios, aprobaron las palabras del obispo de Laón y sostuvieron todas sus proposiciones.

Carlos el Malo. — Entretanto se había fortalecido el partido del rey de Navarra, Carlos el Malo. Éste era, por su madre, nieto de Luis el Testarudo, y sin la aplicación de la ley sálica, le habría correspondido la corona, puesto que era el verdadero representante de los derechos de la rama femenina de la dinastía de los Capetos. Sus partidarios disimulaban mal esas pretensiones, y el rey Juan lo había hecho arrestar porque veía en él un peligroso enemigo de su familia. Al día siguiente de la reunión de los estados generales, Juan de Picquigny fué á sacar al príncipe de su prisión, para convertirlo en jefe de su partido. El rey de Navarra se presentó en seguida en el Pré aux Clercs y arengó al pueblo.

El delfín permanecía aislado durante ese tiempo. Marcel fué á verlo y le ordenó que hiciera justicia al rey de Navarra. Todo el mundo conocía los crímenes y traiciones de este príncipe, que la posteridad ha apellidado *Malo*; pero el delfín tuvo que ceder, concediendo cuanto quisieron. El prevoste de los mercaderes, orgulloso por ese triunfo, no ocultó más sus intentos secretos. Mandó á sus partidarios que se pusieran una toquilla encarnada y azul para reconocerse mutuamente, y resolvió intimidar al delfín, llevando la multitud amotinada hasta dentro del palacio real.

Reunió, pues, á los artesanos, en número de tres mil, y los condujo á la morada del príncipe, donde hizo degollar ante la vista de éste, á Juan de Conflans, mariscal de Champaña, y á Roberto de Clermont, sus fieles ministros. Carlos pidió temblando al prevoste que le hiciera gracia de la vida. « Señor, le dijo Marcel, no debéis temer nada », y en seguida le puso en la cabeza el gorro encarnado y azul, que era el distintivo de los sublevados. El delfín lo aceptó y ratificó los horrores

que acababa de presenciarse; pero no sin conservar en su pecho sentimientos de cólera y de venganza.

Dejó que el prevoste llamara á París al rey de Navarra, y luego, cuando vió á los facciosos divididos, se alejó de la capital, donde su acción tropezaba con grandes trabas, y se retiró á Compiègne, en cuyo punto pudo reunir á su alrededor todos sus partidarios. Allí convocó una asamblea de los tres brazos del reino, obtuvo de ella algunos subsidios, organizó un ejército, y se presentó á bloquear á París. La proximidad del peligro provocó en el pueblo de la gran ciudad nueva reacción. Marcel quería que se proclamase rey al na-



Muerte de Esteban Marcel.

varro; pero dos burgueses, Juan y Simón Maillart, formaron un partido potente contra el fogoso tribuno, y resolvieron darle muerte (1358).

Muerte de Marcel. — Sabían que el prevoste de los mercaderes se había puesto de acuerdo con Carlos el Malo para entregarle la puerta y la bastilla de San Dionisio, haciéndolo de ese modo dueño de París. La ejecución del complot estaba fijada para la noche del 31 de Julio al 1.º de Agosto. Juan Maillart, que había adivinado esos designios, los confió á los jefes del delfín, Pipino de los Essarts y Juan de Charny, y los tres con sus hombres « se presentaron un poco antes de medianoche en la bastilla de San Dionisio, donde ha-

laron al prevoste de los mercaderes con las llaves en las manos. Juan Maillart empezó por dirigirle estas palabras : « ¿Esteban, qué hacéis aquí á esta hora? » El prevoste le respondió : « Juan, estoy aquí para guardar la ciudad cuyo gobierno me está confiado. — Por Dios, replicó Maillart, que no lo creo; estáis aquí sin ánimo de cosa buena; y os lo prueba, dijo volviéndose á los que lo acompañaban, que tiene en sus manos las llaves de la ciudad, para venderla. » El prevoste de los mercaderes se adelantó exclamando : « Mentis. — Por Dios, respondió Juan Maillart, traidor, quien miente sois vos. » Y en seguida cayó sobre él y dijo á sus gentes : « Á muerte, á muerte todos los suyos, pues son traidores. » Trabajó empeñado combate, y el prevoste hubiera huido de poder hacerlo; pero se vió acosado tan de cerca, que no lo logró, pues Juan Maillart le asestó un golpe en la cabeza con un hacha de armas y lo tendió á sus pies, aunque era compadre suyo, y no se separó de él hasta darle muerte con seiscientos de los que le seguían; los restantes fueron cogidos y enviados á las prisiones (1) ».

La Jaquería. — Mientras París era, según se ha visto, teatro de las primeras tentativas de rebelión del estado llano, contra la nobleza, los campos presenciaban desórdenes aun más graves. El populacho se había amotinado, y habiéndole inspirado la miseria odio violento y cruel contra todos los que poseían dinero ó tierras, no distinguió en sus destrucciones y matanzas á los burgueses y los nobles. Se dió el nombre de *jaquería* (2) á esos campesinos armados, porque ellos mismos se llamaban *Jacques Bonhomme* (como si dijéramos, *Juan Lanus*), aludiendo al desdén que les demostraba la nobleza. En su venganza ciega, exterminaban á los señores y cometían en las campiñas crímenes horribles. Sus devastaciones principales se efectuaron en Champaña, la Picardía y la Isla de Francia. La nobleza y la burguesía olvidaron por un instante sus

(1) Froissart, libro I, parte segunda, cap. LXIII.

(2) Sería mejor decir *sublevación de los paisanos ó campesinos*, pero el término *jaquería* está aceptado en la lengua por autoridades como D. Fernando de Castro, profesor de historia que fué en Madrid.

querellas particulares, para marchar unidas contra aquellos bárbaros, que sólo hablaban de exterminar. Los ingleses, los navarros y las tropas del regente se reunieron contra las bandas agrarias, mataron gran número de esos rebeldes cerca de Clermont y destruyeron por el hierro y el fuego los restantes en Meaux.

Tratado de Bretigny (1360). — Tantas calamidades hicieron apeteecer la vuelta del rey Juan; así fué que Eduardo quiso hacer pagar cara su libertad, pidiendo que le fueran concedidas sin ninguna condición de homenaje, la Normandía, la Guiena, el Poitou, la Turenna, el Anjou, el Maine, el Agenois, el Quercy, la Gasuña, la Saintonge, el Angoumois, el Limosin, el Perigord, los condados de Boulogne y de Guines, el condado de Ponthieu, el vizcondado de Montreuil y la ciudad. Además, reclamaba cuatro millones de escudos de oro, y por ese precio prometía renunciar á sus derechos á la corona de Francia. El delfin leyó ese tratado temblando de indignación. Convocó los estados generales, y la nación á una rechazó aquellas injuriosas y humillantes condiciones. Decidióse la guerra. Eduardo se presentó en Francia con numeroso ejército, recorriendo las más bellas provincias y saqueando y devastando las campiñas; pero como no podía penetrar en las ciudades, la miseria no tardó en dejarse sentir entre sus tropas, y entonces se vió obligado á reanudar las negociaciones. Devolvió la libertad al rey bajo la condición de que le dejaría en plena soberanía Calais, el Ponthieu y todo el antiguo ducado de Aquitania. Fijóse en tres millones de escudos de oro el rescate de Juan II pagaderos en seis plazos iguales, año á año. Ese pacto, tan oneroso para Francia, se firmó cerca de Chartres, en el pequeño pueblo de Brétigny (1360).

Fin del reinado de Juan II (1360-1364). — Al volver á su capital, Juan fué acogido con entusiasmo por el pueblo, el clero y la nobleza. Al año siguiente, el rey vendió á los judíos el derecho de volver á entrar en Francia, en compañía del fraude y de la usura; luego necesitó recargar de pesadísimos impuestos al pueblo ya arruinado. Sin embargo, en medio de esos grandes desastres, no faltó á lo que exigía el honor. Habiéndose evadido uno de sus hijos, el duque de Anjou, que

dejara en rehenes al rey de Inglaterra, Juan, indignado por esa deslealtad, volvió á Inglaterra, donde murió (1364). Á ese monarca se le atribuyen estas hermosas palabras: « Si la buena fe estuviera desterrada del resto del mundo, sería preciso hallarla en boca de los reyes. »

Segunda casa de Borgoña. — Juan II había reunido á su corona la *Normandía*, que recibió como patrimonio, el condado de *Tolosa*, el de *Champaña*, que fué reclamado en vano por el rey de Navarra, y el ducado de *Borgoña*, que pasó á su poder al extinguirse la primera casa de los Capetos de Borgoña en 1361. Pero cometió el error de separar de sus dominios esa última posesión para darla á su cuarto hijo, Felipe el Atrevido, que así se convirtió en jefe de la segunda casa de Borgoña. Habiéndose casado ese príncipe en 1384 con Margarita, hija y heredera del conde de Flandes, ese enlace hizo de los duques de Borgoña los más poderosos vasallos del rey de Francia, y favoreció así su ambición, tan fatal para la monarquía. Juan II dividió torpemente aun más el reino, que en esos momentos necesitaba por el contrario unidad, haciendo del ducado de Anjou y del de Berry patrimonios para sus demás hijos.

Resumen de este capítulo. — El reinado de Juan II es uno de los más tristes y desastrosos de la monarquía francesa.

I. Sin tener malas intenciones, ese príncipe, tan caballeresco como Felipe VI, su padre, pero más imprevisor y pródigo, irritó á todo el mundo á fuerza de exacciones y arbitrariedades. Entonces se manifestó el espíritu de independencia en todas las clases de la sociedad. Cuando estaba á punto de terminar la tregua pactada con el rey de Inglaterra, Juan reunió los estados generales que, si bien aprobaron su política, reclamaron contra los abusos de su gobierno (1355). Decidióse que se pondría en pie de guerra un ejército numeroso; pero la ligereza del rey lo comprometió, haciendo que lo destruyeran los ingleses en la batalla de Poitiers (1356).

II. Habiendo sido hecho prisionero el rey en esa derrota, Francia quedó entregada á la más deplorable anarquía. El delfín Carlos convocó los estados generales (1356) que trataron un momento de gobernar la nación; pero no tardaron en ser oscurecidos por el partido popular, que pretendía dar el poder y la corona al rey de Navarra, Carlos el Malo. Mientras que París veía alzarse la burguesía contra la nobleza, las provincias eran asoladas por el populacho que, con el nombre de *jaquería*, cometió horribles crímenes, turbando en todas partes el orden y

al paz. El tratado de Brétigny (1360) vino á poner por un instante término á todos esos males, pero cuando hubo que cumplir las condiciones del mismo, el rey y la nobleza tuvieron que arruinarse y arruinar al mismo tiempo á toda la nación, sin que esos inmensos sacrificios bastaran. Juan II separó de sus Estados la Borgoña para convertirla en patrimonio de su cuarto hijo, Felipe el Atrevido, que así pasó á ser jefe de la segunda casa de Borgoña, cuya influencia fué tan importante en aquella época.

CAPÍTULO VII.

CARLOS V Y DUGUESCLÍN. GUERRAS Y GOBIERNO. PARÍS EN EL SIGLO XIV.

Carlos V se halló entre dos épocas desastrosas para la Francia, los reinados de los primeros Valois, que sólo se distinguen por faltas y desgracias, y el reinado de Carlos VI, cuya demencia debía ser tan funesta á la nación. Carlos V fué el primero de los reyes franceses que comprendió los tiempos nuevos, penetrándose de las ideas modernas para aplicarlas de manera conveniente. Inauguró un nuevo sistema de guerra que fué muy beneficioso para la Francia, y su genio calculador imaginó la mayor parte de las reformas necesarias para establecer el orden en lo interior del reino y asentar la monarquía de manera firme é inquebrantable. Aboliendo los patrimonios, indicó la manera de poner término á los desmembramientos que impedían á la monarquía llegar al desarrollo de su poder. Recurrió más bien á la inteligencia que á la fuerza para librarse de sus enemigos, y mientras arrojaba de Francia á todos los extranjeros, encontraba manera de aliviar las cargas del pueblo restableciendo en todas partes el orden por medio de las ordenanzas que le han granjeado el calificativo de Sabio.

§ I. — Desde el advenimiento de Carlos V hasta que empiezan de nuevo las hostilidades contra los ingleses (1364-1369),

Restablecimiento del orden en el país y en la hacienda. — Carlos V, cuya experiencia había madurado en la desgracia, llevó al trono genio más elevado y política más profunda que sus predecesores. Su carácter frío y dado á la reflexión no era á propósito para las aventuras, y en él no se halla nada del ardor caballeresco que caracterizó á sus predecesores. Comprendió que la monarquía tenía otros deberes que cumplir y que para la dicha y bienestar del reino importaba ante todo que estuviese sabiamente administrado. De